



# Un cuento de mercado

Yanet Acosta

**U**na llamada apresurada de teléfono. Desde el aeropuerto. En la misma puerta de embarque. Las manos le sudaban y sentía que no podía esperar y que ese avión le alejaba y que necesitaba saber de ella aunque aún no hubiera partido y que necesitaba confirmar que ella solo pensaba en él.

—Dime si de verdad te importo.

—Eres lo único que me importa— le susurró Eva al otro lado del teléfono.

En los altavoces se escuchaba la última llamada y la azafata lo miraba con mala cara. Tenía que

entrar en el avión y apagar su móvil. Dos horas y media de viaje por delante, pero, en el fondo, para Diego eso era un tiempo escasísimo para conseguir organizar sus pensamientos.

Eva había despertado en él algo que hacía mucho que ya no experimentaba. Un temblor en todo el cuerpo, un vértigo en el estómago y una ilusión que le salía en forma de brillo a través de sus ojos. Hundido en la butaca del avión, comenzó a recordar, como si fuera una película fotograma a fotograma el momento en el que la vio por primera vez.

Morena, con el pelo corto, pero muy femenina. Con personalidad, pero con sensibilidad.

Cuando entró al restaurante, ella le acompañó hasta la mesa que había reservado. Su sonrisa ocupaba toda la sala y habló casi en un susurro.

—Eres el cocinero que ganó el último concurso del International Gourmet —le dijo ella con la admiración de quien acaba de ver a su estrella de rock favorita.

—Sí, vaya.

—Esta tarde te he visto en la tele. ¡Qué bien te queda la chaquetilla!—Gracias, nunca nadie me había dicho una cosa igual —y él rió con su pose de estrella de rock. La cena fue un ir y venir de miradas. Él repasaba su cuello desnudo y perfilaba con sus ojos sus labios. Comía despacio, con detenimiento, haciendo como si le importara el contenido del plato, cuando realmente sólo imaginaba el sabor que tendría su piel en la boca. Al entregar la cuenta, él preguntó por algún sitio donde tomar una copa. Ella le dijo el nombre de un local cercano haciendo el pacto invisible:

—Yo suelo ir allí cuando termino mi turno.

—Allí nos vemos, entonces.

Y allí se vieron. Una discoteca de ambiente en el barrio de Chueca. Rodeados de locas y ruidos. Ella sentí que su cabeza cedía. Se había propuesto no volver a enamorarse porque ya no podría volver a resistir más el sufrimiento de un fracaso. Pero, le quedaba tan bien la chaquetilla.

La noche llegó al fin y cuando él quiso acompañarla a casa, ella escondió su vulnerabilidad, negándose. Él la abrazó, la besó, la tocó, la estrujó. Ella, de pronto, se separó y se marchó parando a toda prisa un taxi. Desde dentro, le gritó:

—Nos vemos mañana en el mercado de San Antón. ¡A las once!

Diego no pudo dormir. La sentía firme bajo su abdomen y en su pensamiento. A las diez ya estaba mirando desde un bar cercano la entrada al mercado.

Diego perdía ahora su mirada por la ventanilla del avión. Parecía que las luces dibujaran su nombre y un corazón. Comenzaba a sentir el

latido de un enamoramiento lejano, de cuando tenía quince años. El avión parecía estático y él prefería que jamás llegara a su destino. La volvía a ver como cuando entró al mercado. El pelo corto le hacía parecer aún más ágil. Él la observaba intentando no ser descubierto y disfrutando de cómo se aceleraban sus latidos. Ella, ya hacía rato que lo había localizado, pero jugó a ignorarlo hasta que él la abrazó por detrás.

En el puesto de Octavio tomaron el queso adornado de pétalos de rosa y aroma a trufa. Después, en la segunda planta, una ostra y un cava rosado con los ojos clavados el uno en el otro. Y más tarde una dolmadaquia, solo una. Anárquicos, divertidos, sin orden y por capricho.

El la acompañó a casa. En el portal no se pudo resistir y presionó su cuerpo sobre ella. Bajo las escaleras, escurrió la mano dentro del pantalón hasta que notó la humedad que destilaba su ropa interior. Le mordió el cuello y los pezones firmes se rindieron ante él. —Volveré —dijo desde las escaleras al marchar. El avión estaba a punto de aterrizar. Disfrutaba viviendo estas historias definitivas que se olvidaban en la vida real y que solo volvían para notar la estrechez del pantalón. Cuando el comandante habló por megafonía y las alarmas se encendieron para que los cinturones estuviesen abrochados, él sintió la tentación de acariciarse. Pero contuvo el deseo como el que se enroca en su pose de estrella del rock. Media hora más tarde con su maleta en la mano y una sonrisa, besa a otra mujer.

—¿Qué tal cariño? ¿Cómo va esa barriguita?

—¡En una semana salimos de cuentas!

Diego la abrazó y dejó a su lado la maleta, para ir al servicio. En el baño, cerró la puerta y se desabrochó desenfrenado. Con la mano derecha terminó de dar rienda al deseo contenido y en el orgasmo de urgencia apoyó la frente en los azulejos fríos del sanitario. Con la misma mano, sostuvo luego su móvil para escribir el último mensaje a Eva:

—Nos veremos pronto, esta vez en la playa.

Y aún estaba en la playa, cuando llegó el invierno. Comenzó con unas gotas finas, aisladas. Un frío mudo, escaso, que erizaba la piel. Llegó como llega todo, poco a poco.

Así le llegó a ella el deseo de marchar aquel día, otra vez en el mercado de San Antón. Se dejaba llevar por las escaleras mecánicas hasta la primera planta y a la mitad del trayecto, cerró los ojos para repetir las sílabas que de vez en cuando se le escapaban como un susurro, pero que nunca pronunciaba en alto y que seguro él nunca escucharía. La luz entraba por el patio interior del mercado y caía sobre los puestos. Llovía, pero era verano. Melones, sandías, albaricoques, y, en medio, un apionabo. Feo, deforme. ¿Qué hacía allí?

—¿Alguna cosita más?

Eva giró la cabeza, pagó. El apionabo en el fondo de la bolsa. Tenía tiempo de sobra para mirar los quesos, para oler los panes, para ver la arquitectura de las hamburguesas y para

dejar que el agua que refrescaba al pescado le salpicara.

Subió una planta más, sólo por tomar una dolmadaquia. Sólo una. Y, después, salió del mercado con la idea de compartir un vino, un sushi de anguila y un sashimi de pez mantequilla. Pero sólo tenía un apionabo en el fondo de la bolsa.

Paso a paso se fue acercando a su casa, aunque sin intención de entrar. Primero una caña, después, otra. Más tarde, otra. Hasta que ya no quiso más. Los deseos también se acaban así. En casa miró de frente al tubérculo. Deslizó la hoja fina metálica del cuchillo a través de la piel rugosa. Tropezó con sus ojos escondidos que hacen saltar la continuidad del corte y el cuchillo terminó de rebanar el interior de la muñeca. Un minuto después, el taxi deslizaba las gomas por el asfalto y la toalla empapaba la hemorragia.

Eva se dejó ir 200 metros más tarde. ■